

COLECCION UNIVERSAL

— N.º 27 —

ANTONIO MACHADO

Soledades, Galerías y otros poemas

(SEGUNDA EDICION)



MADRID, 1919

Antonio Machado

SOLEDADES, GALERIAS Y OTROS POEMAS

MCMXIX

ES PROPIEDAD
Copyright by Machado, Madrid, 1919.

Edita: Universidad de Jaén.
Servicio de Publicaciones, abril 2025
Depósito Legal: J-165-2025

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

INTRODUCCIÓN. 150 AÑOS DE ANTONIO MACHADO

Antonio Machado es un clásico moderno. Es un autor vivo, continuamente editado y leído, un poeta querido y popular. Su obra ha influido en toda la poesía del siglo XX. Cada década ha buscado y encontrado un Machado diferente, siempre próximo y cordial: en los años cuarenta, un Machado intimista y temporalista; en los cincuenta y sesenta, cívico y social, pero también coloquial e irónico; a partir de los setenta, un Machado simbolista. En los años ochenta, su obra sirve de punto de partida para una *nueva sentimentalidad*, que se prolonga en las siguientes décadas, y su obra sigue estando muy presente en los lectores y escritores actuales. Siempre me ha gustado pensar que cada poeta que ha bebido de la fuente machadiana se ha convertido en uno de sus apócrifos del siglo XX, esos que Machado anunció pero cuya obra finalmente no escribió: porque la han escrito ellos, sus hijos. Pero Machado no solamente es un grandísimo poeta: también es un prosista excepcional con su *Juan de Mairena*.

Su palabra sigue vigente, porque todavía tiene mucho que decirnos. Y no solamente es ejemplar en su dimensión literaria y poética; también en su vertiente de crítica y dinamización cívica, educativa, cultural, política y regeneradora, con la vista puesta en mejorar nuestra sociedad. Y para completar esta faceta, hay que añadir su carácter de símbolo de la España republicana y democrática.

Él y Juan Ramón Jiménez, ambos *andaluces universales*, ambos reivindicadores de Bécquer y de su lección de poesía intimista, que lleva a un simbolismo interior, conforman la columna vertebral de la poesía moderna española. El objetivo de Antonio Machado no era pequeño: conseguir una poesía que caminara entre lo intuitivo y lo racional; entre lo subjetivo y lo objetivo; entre lo individual y lo genérico; entre la esencialidad y la temporalidad. Una lírica que superara tanto el vitalismo irracional (del siglo XIX, del simbolismo y de buena parte de las vanguardias) como el racionalismo desvitalizador (de la poesía pura, por ejemplo). Porque, como él mismo afirmó en “Reflexiones sobre la lírica”, “no es la lógica (la razón) lo que el poema canta, sino la vida (temporal), aunque no es la vida lo que da estructura al poema, sino la lógica”.

De ahí su búsqueda de una palabra esencial en el tiempo; una palabra fraternal y universal, porque la sed de todo creador, para Machado, solo se calma cuando descubre que es la misma sed que tienen todos los seres humanos. Y porque, además, “el hombre crea en *lo otro* y en *el otro*, en la esencial heterogeneidad del ser”, como escribe en el borrador de su discurso de ingreso en la RAE. En esta *cuadratura del círculo*, Machado se debatió, entre Unamuno y Ortega, en un continuo ir *de lo uno a*

lo otro, y en diversas tentativas poéticas que caminaban hacia un vitalismo fraternal y razonador, hacia una nueva sentimentalidad, a través de diversas formas poéticas que nunca le satisfacían plenamente: el poema alegórico-temporal, descriptivo-reflexivo, el romance narrativo, la mezcla de folklore y filosofía, los apócrifos, la máquina de trovar...

Pero empecemos por el principio. Antonio Machado logra, en *Soledades* (1903) y *Soledades, Galerías. Otros poemas* (1907), un ciclo de una intensidad y concentración simbolista desconocido en la lírica española de su tiempo. Solo por eso ya merece un puesto de primera línea en la historia de la literatura. A partir de la introducción del simbolismo, el escritor opera con elementos verbales de significado subjetivo e irracional y, por tanto, abierto, lo que conlleva un nuevo concepto, más exigente, intuitivo y emocional, de escritura y de lectura. Este cambio significa una auténtica revolución en la lírica española que, de este modo, se incorpora plenamente a la modernidad.

La poesía de Machado está vertebrada por una serie de procedimientos destinados a mostrar complejos estados de ánimo, vagos presagios, atmósferas de misterio y enigmáticas evocaciones, mediante el encadenamiento de distintos signos de sugestión emocional. La mayoría de estos recursos proceden de la poética simbolista que Machado interioriza, y que integra en su propia tradición lírica. Esta nueva óptica es injertada en una línea precedente de poesía intimista y sentimental, cuyos nombres mayores son Bécquer y Rosalía de Castro, que a partir de este momento va a constituirse en corriente central de la poesía española contemporánea. Antonio Machado (al

igual que su hermano Manuel y que Juan Ramón Jiménez) une la modernidad simbolista con la relectura que desde esta hace de la propia tradición lírica, reinventando así un canon nacional que va desde Berceo o Jorge Manrique, pasando por los místicos —San Juan de la Cruz y Santa Teresa—, hasta Bécquer y Rosalía de Castro. Sería injusto olvidar el estímulo que supone el modernismo hispanoamericano, encarnado principalmente en Rubén Darío, que abre un camino, ofrece un modelo y muestra a los poetas españoles que la renovación lírica es posible.

Para entender esta lírica hay que referirse a un conglomerado de símbolos que vertebran la poesía moderna desde el romanticismo al simbolismo y al modernismo más genuino. El poeta siente la escisión y el hastío de su existencia, desterrada en el tiempo y el vacío de la modernidad. Pero también la nostalgia de una unidad perdida: en la naturaleza y en el fondo de su ser vislumbra los signos de un misterio trascendente. Mediante la concepción analógica del universo, siente que su vida más profunda se corresponde con la armonía del mundo. De ahí el anhelo de abandonar su yo escindido, a través de los estados de liberación onírica, donde el alma encuentra la certeza de la unidad de sí misma. Sus esfuerzos se dirigen a recuperar ese centro de su ser, esa trascendencia que es la verdad esencial de su yo y del mundo. La vía para conseguirlo es la creación lírica: la poesía es entendida no solo como creación estética, sino como un camino de exploración hacia lo absoluto. Ante la ausencia del *otro* real se construye la poesía como *un otro* simbólico, un simulacro del primero. Pero este propósito está, irónicamente, condenado al fracaso: al final del camino no

se desvela el misterio de lo inefable, sino el silencio, el tiempo, la muerte y la nada. La búsqueda del significado oculto, trascendente, del yo y del mundo es un movimiento característico de todo el arte moderno, así como la sospecha de que tanto el yo como el mundo son, en última instancia, inaccesibles para el sujeto. El poeta se queda a solas con su verdadero destino temporal. La sinceridad vivencial de esta tensión y movimiento permanente entre el anhelo del todo y su imposibilidad es el motor dialéctico de buena parte de la poesía machadiana, y lo que hace de ella algo extraordinario. Son unas *Soleidades* ambivalentes: por un lado, expresan su desorientación, melancolía y desamparo; por otro, son el ámbito de su recogimiento interior, de su exploración vital de lo trascendente y de su creación lírica. Del diálogo entre ambos extremos surge el poema, que es camino de conocimiento y creación.

Otro elemento novedoso en estos poemarios es su cuidada organización. Está muy meditada la elección de los poemas de apertura y cierre tanto de cada parte como del libro en su conjunto, y las resonancias, ecos y modulaciones que se establecen entre unas composiciones y otras. Esta concepción *orgánica* del libro, que dispone de forma meticulosa sus textos para dosificar los efectos de su lectura, se inicia en la lírica española con el modernismo.

De esta poética machadiana hay que destacar su brevedad, sobriedad y concentración expresiva, a la vez que su contención y condensación emocional, ese tono de amortiguación verbal, de confidencia y asombro intimista, que ya no le va a abandonar. Es el triunfo de la interioridad subjetiva. El poema tiene un objetivo primor-

dial: lograr una comunicación emocional (esto es, no por medios racionales, sino irracionales) entre poeta y lector. No declarar directamente unos sentimientos —a menudo inefables—, sino lograr que el receptor del texto los sienta. El poema se reduce a lo esencial, se desprende en lo posible de lo narrativo, lo anecdótico o circunstancial. Su logro es la dilatación y densidad del significado, la sutil elocuencia de lo implícito, de lo apenas sugerido. Es una “forma abierta” hacia el misterio hecha de intuiciones y vaguedades impresionistas, incluso métricamente. Las atmósferas de expectación y la *poética del silencio* que pone en práctica resuenan en la conciencia del lector. Este desdoblamiento simbolista en busca de *lo otro* (el centro de su ser y el ideal trascendente), a través de un peregrinaje onírico que muestra sus deseos y temores, su inseguridad y desorientación vital, poética y espiritual, es uno de los grandes valores de su poesía.

Entre los espacios simbólicos que emplea Machado como proyecciones de su estado de ánimo (*fanales* iluminados por la emoción de una intuición personal, cuya temporalidad se detiene al quedar fijada en el espacio del poema) sobresalen las escenografías ambientales del parque o jardín solitario, en la que no falta el misterio del agua de la fuente, que encierra el enigma del ideal, coincidente con la Edad de Oro de la infancia perdida y recordada (como en “Los cantos de los niños”, que une temporalidad y comunidad); de la *ciudad muerta*, ensimismada, silenciosa y solitaria; del crepúsculo de la tarde (y, en menor medida, el alba y la noche), casi siempre de primavera, *clara, triste, polvorienta y tranquila*, momento propicio a las revelaciones más hondas pero donde, en

contraste, el poeta nunca logra *reverdecen* su vida, prevaleciendo la desolación, la monotonía y el hastío; del camino, imagen alegórica de la *peregrinatio vitae* y del *homo viator* en clave simbolista; de los sueños y el recuerdo, intensa introspección en los abismos del *reino interior* del poeta, donde también aparecen las galerías del alma y de su infancia, el espejo y el cristal, fragmentación del sujeto lírico en sus múltiples visiones, *mise en abîme* hecha de deseos y temores, ilusiones y decepciones, que nunca se concretan. Otro desdoblamiento da lugar a esquivos personajes que aparecen en el poema, entonces ya no mero paisaje del alma, sino *paisaje con figuras*, como el mendigo o el fantasma en pena, o la fugaz visión femenina, anhelo y símbolo erotanático ambivalente.

La composición más enigmática y a la vez reveladora es la XXXVII, donde, en un diálogo visionario con la “noche amiga”, esta declara al sujeto lírico que “nunca supe, amado, / si eras tú ese fantasma de tu sueño, / ni averigüé si era su voz la tuya, / o era la voz de un histrión grotesco”, porque “en las hondas bóvedas del alma / no sé si el llanto es una voz o un eco”, para acabar reconocimiento, en versos inolvidables: “te busqué en tu sueño, / y allí te vi vagando en un borroso / laberinto de espejos”. El poema, a través de la estructura dramática y del desdoblamiento del yo, que se desintegra, junto al espacio, el tiempo y el lenguaje, manifiesta que el alma es impenetrable, que es imposible todo conocimiento racional a través del solipsismo intrasubjetivo de los sueños (el propio Machado era consciente de ello: “La belleza no está en el misterio sino en el deseo de penetrarlo, pero este camino es muy peligroso y puede llevarnos a hacer un caos de nosotros

mismos”). Es una de las razones por las cuales Machado impugnará la poética del simbolismo.

¿Qué caracteriza esta poesía machadiana? En primer lugar, la concentración y sobriedad de su lírica. En segundo lugar, la intensidad, condensación y homogeneidad de sus recursos simbólicos. Su búsqueda de lo trascendente a través de la inmersión en el mundo de los sueños y las galerías del alma es de una rara intensidad. Machado no utiliza los símbolos para ocultar lo expresado, sino para tratar de nombrar lo inefable, ante lo que muestra su asombro. Esto, que es uno de los grandes valores de su poesía, y que recupera en sus últimos poemas, hace que sus elementos simbólicos, aparentemente sencillos y claros, sean a veces muy complicados de interpretar. En tercer lugar, la obsesión recurrente por el pasado, el tiempo y la muerte. En cuarto lugar, la lucidez con que expone el fracaso de su búsqueda, que le llevará a alejarse de su simbolismo inicial, y a cuestionarlo con una honestidad irrefragable. Todos estos aspectos, casi siempre presentes en su obra, podemos resumirlos en uno: la alta calidad emocional y estética que transmite su poesía al lector.

En *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1907) se elimina la tercera parte de los poemas del libro anterior y se añade el doble de composiciones nuevas. Estas aportaciones no solo enriquecen y culminan su introspección simbolista (fundamentalmente en la sección “Galerías”), sino que inician nuevas direcciones poéticas (mediante procedimientos alegórico-temporales, descriptivo-reflexivos y folklórico-filosóficos) que serán ampliadas posteriormente. Es decir, que *Soledades* se publica cuando el poemario no ha cerrado su ciclo simbolista, y *Soledades. Galerías*.

Otros poemas cuando este parece haber culminado y Machado está ensayando y buscando nuevos caminos, en los que el contrapunto objetividad-subjetividad (o de una interioridad que trata de objetivarse a través de su conciencia del mundo) se convierte en un movimiento básico.

De hecho, los años siguientes son de crecimiento intelectual, profesional y sentimental, y Machado no vuelve a publicar un nuevo libro hasta *Campos de Castilla* (1912), fecha también de la muerte de su joven esposa Leonor y de su traslado de Soria a Baeza. Esta primera entrega de *Campos de Castilla* era un adelanto de un ciclo más amplio. Pero su desgracia hizo que este propósito saltara por los aires.

Campos de Castilla es un libro heterogéneo, formado por composiciones de distinto tipo; lo unifica un nuevo tipo de poema descriptivo y reflexivo, que parte de la intuición en su acercamiento a la realidad objetiva para pasar al sentimiento humano y a la meditación existencial sobre el mismo. Lo abre su famoso “Retrato”, retractación del modernismo *desde dentro*; siguen poemas descriptivos y reflexivos sobre las tierras castellanas y la España rural, con hitos como “A orillas del Duero” o “Campos de Soria”. “La tierra de Alvargonzález”, tentativa de un nuevo romancero, con el tema del cainismo nacional; los primeros “Proverbios y cantares”, que emplean formas populares y gnómicas para exponer cuestiones sociales, meta-poéticas, existenciales o metafísicas, y que en siguientes entregas afianza; las “Humoradas”, poemas en lo que no falta su pensamiento irónico, y los “Elogios”.

En estos poemas, la contemplación del paisaje ya no es una mera proyección de su estado de ánimo, ni hay una

búsqueda solipsista de su verdad interior. Al contrario, es una nueva toma de conciencia que tiene en cuenta los componentes históricos y nacionales de la realidad observada. La verdad personal es inseparable de la verdad social y, de esta forma, el sentimiento individual tiene una raíz ética colectiva, un sentido crítico frente a su historia, su sociedad y su tiempo. Hay un componente cívico, moral y regeneracionista, pero su poesía no se queda en eso, sino que, partiendo de su propio contexto e intimidad, se convierte en una reflexión integral sobre el alma del mundo, del hombre y de la poesía. En 1914, su reseña de *Garba*, poemario de José Moreno Villa, le sirve para exponer esta búsqueda estética: la imagen poética debe expresar sentimientos, no conceptos o ideas, como harían el barroco y la poesía pura.

Ortega y Gasset reseñó elogiosamente el libro, que coincidía en parte con sus proyectos de reformismo político y cultural (de hecho, Machado se adhirió a su Liga de Educación Política Española), pero Juan Ramón Jiménez, que no iba a renunciar a sus presupuestos simbolistas, se empezó a distanciar de Machado en este momento. No obstante, con la supervisión del poeta de Moguer, en 1917 apareció la primera edición de las *Poesías completas machadianas*, publicada por la Residencia de Estudiantes. En esta recopilación, *Campos de Castilla* es un libro ampliado y transformado, con nuevas líneas formales y temáticas. Al tema del recuerdo de Soria y las tierras castellanas, ahora con más reflexión, se inicia el ciclo, amargo y meditativo, de la muerte de Leonor, donde, con una voz pura y estremecida, luchan el vacío y la esperanza, tanto en una serie de poemas breves con otros de mayor desarrollo,

que culminan en la emocionante y pudorosa epístola “A José María Palacio”.

Esta situación de soledad y desarraigo se acrecienta con la sensación de ser “extranjero en los campos de mi tierra” (CXXV), a la que ahora vuelve, viudo y derrotado. A su nueva vida en Baeza dedica diversas composiciones, entre las que destacan dos poemas extraordinarios: el soliloquio “Poema de un día (meditaciones rurales)” y “Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido”, eco paródico de su predilecto Jorge Manrique en una poesía, en ambos casos, de gran modernidad irónica, coloquial y dialógica, donde la rutina de lo cotidiano y secular se acompaña de humor, melancolía y una gran carga de crítica social, acentuada, en el segundo caso, por la caricatura del *señorito andaluz*. Por su parte, la sección de “Proverbios y cantares” se amplía, con un mayor acierto estético en su mezcla de lo popular, lo metapoético y lo filosófico, conformando un pensamiento paradójico típicamente machadiano. Finalmente, la sección de “Elogios” también se incrementa; son poemas que conforman una galería de afinidades electivas, y donde sobresale la pareja, patriótica y regeneracionista, formada por “A una España joven” y “España en paz”, sobre el telón de fondo de la primera guerra mundial, ante la que firma varios manifiestos aliadófilos.

En Baeza, Machado acaba su licenciatura en Filosofía y Letras y su doctorado en Filosofía por la Universidad de Madrid. En abril de 1919, fecha en un viaje a Toledo la segunda edición renovada de *Soledades, Galerías y otros poemas* (donde desaparecen tres secciones: “Canciones y coplas”, “Humorismos. Fantasías. Apuntes” y “Varia”, y

aparece una nueva: “Elogios”), que el lector tiene en sus manos. En su prólogo adelanta ideas que desarrollará en su siguiente poemario. A finales de año se traslada a Segovia, donde vive hasta 1932, cuando consigue ser destinado a un instituto de la capital. Allí escribe *Nuevas canciones* (1924, que amplía en la edición de sus *Poesías completas* de 1928), un libro lleno de renuncia, melancolía y soledad, con bastante de diario poético sui géneris. Es la última entrega machadiana escrita completamente en verso, porque la prosa cada vez va a ocupar más espacio en su labor creativa. Sobre sus propósitos, ya había adelantado en una encuesta aparecida en el semanario *La Internacional* en 1920: “Yo, por ahora, no hago más que Folk-lore, *autofolklore* o *foklore* de mí mismo. Mi próximo libro será, en gran parte, de coplas [...] donde se contiene cuanto hay de mí de común con el alma del que canta y piensa en el pueblo. Así creo yo continuar mi camino”. Y es cierto que en *Nuevas canciones* se desarrolla esta línea en buena parte de sus secciones: apuntes, canciones, proverbios y cantares, con un excepcional tono de sencillez neopopularista, en muchos casos para acoger su reflexión metapoética y estética, su meditación moral, histórica y filosófica, siempre a través de un pensamiento paradójico e irónico, que enseguida va a traspasar a sus apócrifos.

En el poemario hay también otras novedades: el poema que sirve de pórtico, “Olivo del camino”, donde medita sobre el futuro de su vida y del mundo; las nuevas “Galerías”, que anulan el tiempo en su conexión con el pasado y su misterio; la complejidad psicológica de sus originales sonetos, quizá lo más sorprendente de todo el libro. “Glosando a Ronsard” introduce el tema *pre-Guioamar* del

amor en la madurez con un elegante tono entre arcaico y paródico; otros sonetos, visionarios y enigmáticos, mezclan oniroscofia, filosofía, soledad y presentimiento de la muerte. Finalmente, los nuevos homenajes a escritores. En 1928 se añaden las “Viejas canciones” y algún nuevo soneto sobre el laberinto del recuerdo, algunos excepcionales y llenos de emoción, y el sobrio dedicado a la evocación de su padre, donde este y el poeta se miran a través del tiempo.

Nuevas canciones fue recibido con respeto pero también con desinterés; la dirección machadiana resultaba extemporánea para las corrientes centrales de la lírica de su tiempo, y él mismo era consciente de este anacronismo, así como de lo parcial de sus aciertos. Una vez superado su ciclo simbolista, y rechazado el camino de la vanguardia por solipsista y deshumanizado, Machado se convierte en un lúcido crítico de la modernidad. Todo ello le llevó a dedicarse a la prosa. Los años veinte y primeros treinta son también los de los estrenos teatrales de las obras escritas en colaboración con su hermano Manuel.

La escritura en prosa de Antonio Machado ya es mayoritaria en *De un cancionero apócrifo*, el nuevo libro añadido a sus *Poesías completas* en 1928. Lo mejor de su prosa pública fue antes íntima, las apuntaciones de sus cuadernos de notas. En ellos se gesta la invención de los apócrifos. A través de dos filósofos peregrinos, Abel Martín y Juan de Mairena, Machado puede liberarse y a la vez dedicarse, con ironía y distanciamiento, a exponer las paradojas de su asistemático y contradictorio pensamiento; y a través de su cancionero apócrifo, a crear poetas del siglo XIX y del siglo XX (estos solo en proyecto) que escriban una

obra históricamente necesaria. Entre ellos, un Antonio Machado ya muerto: irónicamente no solo apócrifo, sino póstumo de sí mismo.

Dejando de lado artículos periodísticos, su prosa ensayística salta de su *taller* a la palestra pública, de forma brillante, en su ensayo “Reflexiones sobre la lírica”, publicado en 1925 en *Revista de Occidente*, donde Machado, al hilo del poemario *Canción* de Moreno Villa, vuelve a exponer su ideal poético: un equilibrio entre intuición subjetiva e inteligencia abstracta, abierto a la otredad y sin que predomine ninguna de las dos. Esta concepción se extenderá, de modo más extenso, en el borrador de su discurso de ingreso en la RAE (tras ser elegido, sin solicitarlo, en 1927) que no llegará a acabar. El primer Abel Martín también aparece en *Revista de Occidente*, en 1926, bajo el título *De un cancionero apócrifo*. De forma irónica, Machado resume el pensamiento de su filósofo a través de la glosa de sus poemas. La clave es la inasequible tensión erótica hacia la otredad del ser, hacia el sentimiento del prójimo, aunque antes haya que pasar por el no ser. En 1928 se continúa este *Cancionero apócrifo* en las *Poesías completas* con Juan de Mairena, discípulo del anterior y a través del cual Machado desarrolla una metafísica y cuestiones de arte poética, con su paradoja sobre lo temporal y lo intemporal, lo individual y lo comunitario, lo subjetivo y lo objetivo: la poesía congela en un instante una experiencia temporal individual a través de un lenguaje que es universal, sí, pero que no por ello tiene que caer en la abstracción o el concepto, como sucedió en el siglo XVII o en su propio tiempo. Ello desemboca en una nueva *vuelta de tuerca*, una paradoja llena de humor y de verdad:

Mairena imagina un poeta, Jorge Meneses, que inventa un aparato, la máquina de trovar, que garantiza la expresión de sentimientos colectivos, y con la cual elabora sus *Coplas mecánicas*. Un paso más es la invención de sus “poetas futuros”, solo anunciados en *La Gaceta Literaria* (1928) y en su texto para la *Antología* de Gerardo Diego (1931), los cuales, en oposición a la *joven literatura*, serían “cultivadores de una lírica otra vez inmersida en *las mismas vivas aguas de la vida*”, en frase de Teresa de Jesús.

La fluidez dialógica de la original prosa machadiana, clara, precisa, bienhumorada, irónica, escéptica y conversacional, se amplía desde 1934 en el *Diario de Madrid y El Sol*, recogida en *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo* (1936), libro inteligente y excepcional, que está a la altura de su mejor poesía, y que se prolongó en sus artículos escritos en defensa de la República durante la guerra civil.

La cuarta edición de sus *Poesías completas* (1936) incorpora el ciclo de poemas dedicados a Guiomar, los escritos “a la manera” de Abel Martín y Juan de Mairena, y el último cancionero de Abel Martín, uniendo amor y metafísica, irrealidad y vacío; un *amor cortés* de senectud, entresonado en las oscuras galerías de la conciencia y el deseo, en buena medida tan apócrifo y metaliterario como sus filósofos de cabecera y sus reflexiones sobre el ser y la nada.

Su último libro es *La guerra (1936-1937)*, con dibujos de José Machado (1937), donde se recogen diversos artículos y poemas, entre ellos su elegía “El crimen fue en Granada”, dedicado a García Lorca. Conocida es la penosa *estación de penitencia* que sufre, al final de la contienda civil, hasta su llegada y muerte al pueblecito francés de

Collioure, como un símbolo de la tragedia colectiva del pueblo español al que nunca abandonó. Allí está enterrado el poeta que, con su modestia de siempre, supo estar a la altura de las circunstancias, y su tumba no ha dejado de ser, a lo largo de los años, motivo de recuerdo y peregrinación, al igual que su obra no ha dejado nunca de ser leída.

Rafael Alarcón Sierra

ANTONIO MACHADO

Soledades, Galerías y otros poemas

(SEGUNDA EDICION)



MADRID, 1919

Talleres "Calpe", Ríos Rosas. 24. —MADRID

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION DE "SOLEDADES, GALERIAS Y OTROS POEMAS"

El libro que hoy reedita la Colección Universal se publicó en 1907, y era no más que una segunda edición, con adiciones poco esenciales, del libro Soledades, dado a la estampa en 1903, y que contenía rimas escritas y aun publicadas muchas de ellas en años anteriores.

Ningún alma sincera podía entonces aspirar al clasicismo, si por clasicismo ha de entenderse algo más que el diletantismo helenista de los parnasianos. Nuevos epígonos de Protágoras (nietzschianos, pragmatistas, humanistas, bergsonianos) militaban contra toda labor constructora, coherente, lógica. La ideología dominante era esencialmente subjetivista; el arte se atomizaba, y el poeta, en cantos más o menos enérgicos—recordad al gran Whitman entonando su «mind cure», el himno triunfal de su propia cenes-tesia—, sólo pretendía cantarse a sí mismo, o cantar, cuando más, el humor de su raza. Yo amé con pasión y gusté hasta el empacho esta nueva sofisticada, buen antídoto para el culto sin fe de los viejos dioses,

representados ya en nuestra patria por una imaginaria de cartón piedra.

Pero amo mucho más la edad que se avecina y a los poetas que han de surgir, cuando una tarea común apasione las almas. Cierto que la guerra no ha creado ideas nuevas—no pueden las ideas brotar de los puños—; pero ¿quién duda de que el árbol humano comienza a renovarse por la raíz, y de que una nueva oleada de vida camina hacia la luz, hacia la conciencia? Los defensores de una economía social definitivamente rota seguirán echando sus viejas cuentas, y soñarán con toda suerte de restauraciones; les conviene ignorar que la vida no se restaura, ni se compone como los productos de la industria humana, sino que se renueva o perece. Sólo lo eterno, lo que nunca dejó de ser, será otra vez revelado, y la fuente homérica volverá a fluir. Deméter, de la hoz de oro, tomará en sus brazos—como el día antiguo al hijo de Keleo—al vástago tardío de la agotada burguesía y, tras criarle a sus pechos, lo envolverá otra vez en la llama divina.

ANTONIO MACHADO.

Toledo, 12 abril 1919.

SOLEDADES

SOLEDADES

I

EL VIAJERO

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienes plateadas,
un gris mechón sobre la angosta frente;
y la fría inquietud de sus miradas
revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales
del parque mustio y viejo.
La tarde, tras los húmedos cristales,
se pinta, y en el fondo del espejo,

el rostro del hermano se ilumina
suavemente. ¿Floridos desengaños
dorados por la tarde que declina?
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?
Lejos quedó—la pobre loba—muerta.
¿La blanca juventud nunca vivida
teme, que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro
de la tierra de un sueño no encontrada;
y ve su nave hender el mar sonoro,
de viento y luz la blanca vela hinchada?

El ha visto las hojas otoñales,
amarillas, rodar, las olorosas
ramas del eucaliptus, los rosales
que enseñan otra vez sus blancas rosas...

Y este dolor que añora o desconfia
el temblor de una lágrima reprime,
y un resto de viril hipocresía
en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea
todavía. Nosotros divagamos.
En la tristeza del hogar golpea
el tictac del reloj. Todos callamos.

II

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas,
he navegado en cien mares
y he atracado en cien riberas.

En todas partes he visto
caravanas de tristezas,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,

y pedantones al paño
que miran, callan y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto
gentes que danzan o juegan,
cuando pueden, y laboran
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,
preguntan adónde llegan.
Cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino,
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

III

La plaza y los naranjos encendidos
con sus frutas redondas y risueñas.

Tumulto de pequeños colegiales,
que al salir en desorden de la escuela,
llenan el aire de la plaza en sombra
con la algazara de sus voces nuevas.

¡Alegría infantil en los rincones
de las ciudades muertas!...
¡Y algo nuestro de ayer, que todavía
vemos vagar por estas calles viejas!

IV

EN EL ENTIERRO DE UN AMIGO

Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego.

A un paso de la abierta sepultura
había rosas de podridos pétalos,
entre geranios de áspera fragancia
y roja flor. El cielo
puro y azul. Corría
un aire fuerte y seco.

De los gruesos cordeles suspendido,
pesadamente, descender hicieron

el ataúd al fondo de la fosa
los dos sepultureros...

Y al reposar sonó con recio golpe,
solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo
perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían
los pesados terrones polvorientos...

El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.

—Y tú, sin sombra ya, duermes y reposas,
larga paz a tus huesos...

Definitivamente,
duermes un sueño tranquilo y verdadero.

V

RECUERDO INFANTIL

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco,
truena el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

VI

Fué una clara tarde, triste y soñolienta,
tarde de verano. La hiedra asomaba
al muro del parque, negra y polvorienta...
La fuente sonaba.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;
con agrio ruido abrióse la puerta
de hierro mohoso, y, al cerrarse, grave,
golpeó el silencio de la tarde muerta.

En el solitario parque, la sonora
copla borbollante del agua cantora
me guió a la fuente. La fuente vertía
sobre el blanco mármol su monotonía.

La fuente cantaba: ¿Te recuerda, hermano,
un sueño lejano mi canto presente?...
Fué una tarde lenta del lento verano.

Respondí a la fuente:
No recuerdo, hermana;
mas sé que tu copla presente es lejana.

—Fué esta misma tarde: mi cristal vertía
como hoy sobre el mármol su monotonía.
¿Recuerdas, hermano?... Los mirtos talares
que ves sombreaban los claros cantares
que escuchas. Del rubio color de la llama,
el fruto maduro pendía en la rama,
lo mismo que ahora. ¿Recuerdas, hermano?...
Fué esta misma lenta tarde de verano.

—No sé qué me dice tu copla riente
de ensueños lejanos, hermana la fuente.

Yo sé que tu claro cristal de alegría
ya supo del árbol la fruta bermeja;
yo sé que es lejana la amargura mía
que sueña en la tarde de verano vieja.

Yo sé que tus bellos espejos cantores
copiaron antiguos delirios de amores:

mas cuéntame, fuente de lengua encantada,
cuéntame mi alegre leyenda olvidada.

—Yo no sé leyendas de antigua alegría,
sino historias viejas de melancolía.

Fué una clara tarde del lento verano...
Tú venías solo con tu pena, hermano;
tus labios besaron mi linfa serena,
y en la clara tarde, dijeron tu pena.

Dijeron tu pena tus labios que ardían:
la sed que ahora tienen, entonces tenían.

—Adiós para siempre, la fuente sonora,
del parque dormido eterna cantora.
Adiós para siempre, tu monotonía,
fuente, es más amarga que la pena mía.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;
con agrio ruido abrióse la puerta
de hierro mohoso, y, al cerrarse, grave,
sonó en el silencio de la tarde muerta.

VII

El limonero lánguido suspende
una pálida rama polvorienta
sobre el encanto de la fuente limpia,
y allá en el fondo sueñan
los frutos de oro...

Es una tarde clara,

casi de primavera;
 tibia tarde de marzo,
 que al hálito de abril cercano lleva;
 y estoy solo, en el patio silencioso,
 buscando una ilusión cándida y vieja:
 alguna sombra sobre el blanco muro,
 algún recuerdo en el pretil de piedra
 de la fuente dormido, o, en el aire,
 algún vagar de túnica ligera.

En el ambiente de la tarde flota
 ese aroma de ausencia
 que dice al alma luminosa: nunca,
 y al corazón: espera.

Ese aroma que evoca los fantasmas
 de las fragancias vírgenes y muertas.

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,
 casi de primavera,
 tarde sin flores, cuando me traías
 el buen perfume de la hierbabuena,
 y de la buena albahaca,
 que tenía mi madre en sus macetas.

Que tú me viste hundir mis manos puras
 en el agua serena
 para alcanzar los frutos encantados
 que hoy en el fondo de la fuente sueñan...

Sí, te conozco, tarde alegre y clara,
 casi de primavera.

VIII

Yo escucho los cantos
de viejas cadencias
que los niños cantan
cuando en coro juegan,
y vierten en coro
sus almas que sueñan,
cual vierten sus aguas
las fuentes de piedra:
con monotonías
de risas eternas,
que no son alegres,
con lágrimas viejas,
que no son amargas
y dicen tristezas,
tristezas de amores
de antiguas leyendas.

En los labios niños,
las canciones llevan
confusa la historia
y clara la pena;
como clara el agua
lleva su conseja
de viejos amores
que nunca se cuentan.

Jugando, a la sombra
de una plaza vieja,
los niños cantaban...

La fuente de piedra
vertía su eterno
cristal de leyenda.

Cantaban los niños
canciones ingenuas,
de un algo que pasa
y que nunca llega:
la historia confusa
y clara la pena.

Vertía la fuente
su eterna conseja:
borrada la historia,
contaba la pena.

IX

ORILLAS DEL DUERO

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campa-
[nario.
Girando en torno a la torre y al caserón solitario,
ya las golondrinas chillan. Pasaron del blanco in-
[vierno,
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de in-
[fierno.

Es una tibia mañana.
El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.

Pasados los verdes pinos,
 casi azules, primavera
 se ve brotar en los finos
 chopos de la carretera
 y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansa-
 [mente.
 El campo parece, más que joven, adolescente.

Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,
 azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,
 y mística primavera!

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
 espuma de la montaña
 ante la azul lejanía,
 sol del día, claro día!
 ¡Hermosa tierra de España!

X

A la desierta plaza
 conduce un laberinto de callejas.
 A un lado, el viejo paredón sombrío
 de una ruinoso iglesia;
 a otro lado, la tapia blanquecina
 de un huerto de cipreses y palmeras,
 y, frente a mí, la casa,
 y en la casa, la reja,
 ante el cristal que levemente empaña
 su figurilla plácida y risueña.
 Me apartaré. No quiero
 llamar a tu ventana... Primavera

viene—su veste blanca
 flota en el aire de la plaza muerta—;
 viene a encender las rosas
 rojas de tus rosales... Quiero verla...

XI

Yo voy soñando caminos
 de la tarde. ¡Las colinas
 doradas, los verdes pinos,
 las polvorientas encinas!...
 ¿Adónde el camino irá?
 Yo voy cantando, viajero
 a lo largo del sendero...
 —La tarde cayendo está—
 «En el corazón tenía
 »la espina de una pasión;
 »logré arrancármela un día
 »ya no siento el corazón.»

Y todo el campo un momento
 se queda, mudo y sombrío,
 meditando. Suena el viento
 en los álamos del río.

La tarde más se oscurece,
 y el camino que serpea
 y débilmente blanquea,
 se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
«Aguda espina dorada,
»quién te pudiera sentir
»en el corazón clavada.»

XII

Amada, el aura dice
tu pura veste blanca...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

El aura me ha traído
tu nombre en la mañana;
el eco de tus pasos
repite la montaña...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

En las sombrías torres
repican las campanas...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

Los golpes del martillo
dicen la negra caja;
y el sitio de la fosa,
los golpes de la azada...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

XIII

Hacia un ocaso radiante
 caminaba el sol de estío,
 y era entre nubes de fuego, una trompeta gigante
 tras de los álamos verdes de las márgenes del río.

Dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera
 de la cigarra cantora, el monorritmo jovial,
 entre metal y madera,
 que es la canción estival.

En una huerta sombría
 giraban los cangilones de la noria soñolienta.
 Bajo las ramas oscuras el son del agua se oía.
 Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.

Yo iba haciendo mi camino,
 absorto en el solitario crepúsculo campesino.

Y pensaba: «¡Hermosa tarde, nota de la lira in-
 toda desdén y armonía; [mensa,
 hermosa tarde, tú curas la pobre melancolía
 de este rincón vanidoso, obscuro rincón que piensa!»

Pasaba el agua rizada bajo los ojos del puente.
 Lejos, la ciudad dormía
 como cubierta de un mago fanal de oro transpa-
 [rente.
 Bajo los arcos de piedra el agua clara corría.

Los últimos arreboles coronaban las colinas,
 manchadas de olivos grises y de negruzcas encinas.
 Yo caminaba cansado,
 sintiendo la vieja angustia que hace el corazón pe-
 [sado.

El agua en sombra pasaba tan melancólicamente,
 bajo los arcos del puente,
 como si al pasar dijera:

«Apenas desamarrada
 a pobre barca, viajero, del árbol de la ribera,
 se canta: no somos nada.
 Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos es-
 [pera.»

Bajo los ojos del puente pasaba el agua sombría.
 (Yo pensaba: ¡el alma mía!)

Y me detuve un momento,
 en la tarde, a meditar...
 ¿Qué es esta gota en el viento
 que gritar al mar: soy el mar?

Vibraba el aire asordado
 por los élitros cantores que hacen el campo sonoro,
 cual si estuviera sembrado
 de campanitas de oro.

En el azul fulguraba
 un lucero diamantino.
 Cálido viento soplaba
 alborotando el camino.

Yo, en la tarde polvorienta,
 hacia la ciudad volvía.
 Sonaban los cangilones de la noria soñolienta.
 Bajo las ramas oscuras caer el agua se oía.

XIV

CANTE HONDO

Yo meditaba absorto, devanando
 los hilos del hastío y la tristeza,
 cuando llegó a mi oído,
 por la ventana de mi estancia, abierta

a una caliente noche de verano,
 el plañir de una copla soñolienta,
 quebrada por los trémolos sombríos
 de las músicas magas de mi tierra.

... Y era el Amor, como una roja llama...
 —Nerviosa mano en la vibrante cuerda
 ponía un largo suspirar de oro
 que se trocaba en surtidor de estrellas—

... Y era la Muerte, al hombro la cuchilla,
 el paso largo, torva y esquelética,
 —tal cuando yo era niño la soñaba—.

Y en la guitarra, resonante y trémula,
 la brusca mano, al golpear, fingía
 el reposar de un ataúd en tierra.

Y era un plañido solitario el soplo
que el polvo barre y la ceniza aventa.

XV

La calle en sombra. Ocultan los altos caserones
el sol que muere; hay ecos de luz en los balcones.

¿No ves, en el encanto del mirador florido,
el óvalo rosado de un rostro conocido?

La imagen, tras el vidrio de equívoco reflejo,
surge o se apaga como daguerreotipo viejo.

Suena en la calle sólo el ruido de tu paso;
se extinguen lentamente los ecos del ocaso.

¡Oh, angustia! Pesa y duele el corazón. ¿Es ella?
No puede ser... Camina... En el azul la estrella.

XVI

Siempre fugitiva y siempre
cerca de mí, en negro manto
mal cubierto el desdeñoso
gesto de tu rostro pálido.
No sé dónde vas ni dónde
tu virgen belleza tálamo
busca en la noche. No sé
qué sueños cierran tus párpados,

ni de quien haya entreabierto,
tu lecho inhospitalario.

.....
Detén el paso, belleza
esquiva, detén el paso...

Besar quisiera la amarga,
amarga flor de tus labios.

XVII

HORIZONTE

En una tarde clara y amplia como el hastío,
cuando su lanza blandió el tórrido verano,
copiaban el fantasma de un grave sueño mío
mil sombras en teoría, enhiestas sobre el llano.

La gloria del ocaso era un purpúreo espejo,
era un cristal de llamas, que al infinito viejo
iba arrojando el grave soñar en la llanura...

Y yo sentí la espuela sonora de mi paso
repercutir lejana en el sangriento ocaso,
y más allá, la alegre canción de un alba pura.

XVIII

EL POETA

Para el libro *La casa de la primavera*,
de Martínez Sierra.

Maldiciendo su destino
como Glauco, el dios marino,

mira, turbia la pupila
de llanto, el mar que le debe su blanca virgen Scyla.

El sabe que un Dios más fuerte,
con la substancia inmortal, está jugando a la muerte
cual niño bárbaro. El piensa
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa.

En sueños oyó el acento de una palabra divina;
en sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina
sin odio ni amor, y el frío
soplo del olvido sabe sobre un arenal de hastío.

Bajo las palmeras del oásis el agua buena
miró brotar de la arena;
y se abrevó entre las dulces gacelas y entre los fieros
animales carniceros...

Y supo cuánto es la vida hecha de sed y dolor.
Y fué compasivo para el ciervo y el cazador,
para el ladrón y el robado,
para el pájaro azorado,
para el sanguinario azor.

Con el Eclesiastes dijo: Vanidad de vanidades,
todo es negra vanidad;
y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades:
sólo eres tú, luz que fulges en el corazón verdad.

Y viendo cómo lucían
miles de blancas estrellas,
pensaba que todas ellas
en su corazón ardían.
¡Noche de amor!...

Y otra noche
sintió la mala tristeza
que enturbia la pura llama,
y el corazón que bosteza,
y el histrión que declama.

Y dijo: las galerías
del alma que espera están
desiertas, mudas, vacías:
las blancas sombras se van.

Y el demonio de los sueños abrió el jardín encan-
del ayer. ¡Cuán bello era! [tado
¡Qué hermosamente el pasado
fingía la primavera,
cuando del árbol de otoño estaba el fruto colgado,
miseró fruto podrido,
que en el hueco acibarado
guarda el gusano escondido!

¡Alma, que en vano quisiste ser más joven c ada
[día,
arranca tu flor, la humilde flor de la melancolía!

XIX

¡Verdes jardinillos,
claras plazoletas,

fuelle verdinosa
donde el agua sueña,
donde el agua muda
rasbala en la piedra!...

Las hojas de un verde
mustio, casi negras,
de la acacia, el viento
de septiembre besa,
y se lleva algunas
amarillas, secas,
jugando, entre el polvo
blanco de la tierra.

Linda doncellita
que el cántaro llenas
de agua transparente
tú, al verme, no llevas
a los negros bucles
de tu cabellera,
distráidamente,
la mano morena,
ni, luego, en el limpio
cristal te contemplas...

Tú miras al aire
de la tarde bella,
mientras de agua clara
el cántaro llenas.

DEL CAMINO

DEL CAMINO

I

Mientras la sombra pasa de un santo amor, hoy
[quiero
poner un dulce salmo sobre mi viejo atril.
Acordaré las notas del órgano severo
al suspirar fragante del pífano de abril.

Madurarán su aroma las pomas otoñales,
la mirra y el incienso salmodiarán su olor;
exhalarán su fresco perfume los rosales
bajo la paz en sombra del tibio huerto en flor.

Al grave acorde lento de música y aroma,
la sola y vieja y noble razón de mi rezar
levantará su vuelo suave de paloma
y la palabra blanca se elevará al altar.

II

Daba el reloj las doce... y eran doce
golpes de azada en tierra...
... ¡Mi hora!—grité—... El silencio
me respondió: —No temas;

tú no verás caer la última gota
que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera.

III

Sobre la tierra amarga,
caminos tiene el sueño
laberínticos, sendas tortuosas,
parques en flor y en sombra y en silencio;

criptas hondas, escalas sobre estrellas;
retablos de esperanzas y recuerdos.
Figurillas que pasan y sonríen
—juguetes melancólicos de viejo—;

imágenes amigas,
a la vuelta florida del sedero,
y quimeras rosadas
que hacen camino... lejos...

IV

En la desnuda tierra del camino
la hora florida brota,
espino solitario,
del valle humilde en la revuelta umbrosa.

El salmo verdadero
de tenue voz hoy torna
al corazón, y al labio,
la palabra quebrada y temblorosa.

Mis viejos mares duermen; se apagaron
sus espumas sonoras
sobre la playa estéril. La tormenta
camina lejos en la nube torva.

Vuelve la paz al cielo;
la brisa tutelar esparce aromas
otra vez sobre el campo, y aparece,
en la bendita soledad, tu sombra.

V

El sol es un globo de fuego,
la luna es un disco morado.

Una blanca paloma se posa
en el alto ciprés centenario.

Los cuadros de mirtos parecen
de marchito velludo empolvado.

¡El jardín y la tarde tranquila!...
Suena el agua en la fuente de mármol.

VI

¡Tenue rumor de túnicas que pasan
sobre la infértil tierra!...

¡y lágrimas sonoras
de las campanas viejas!

Las ascuas mortecinas
del horizonte humean...
Blancos fantasmas lares
van encendiendo estrellas.

—Abre el balcón. La hora
de una ilusión se acerca...
La tarde se ha dormido
y las campanas sueñan.

VII

¡Oh figuras del atrio, más humildes
cada día y lejanas:
mendigos harapientos
sobre marmóreas gradas;

miserables ungidos
de eternidades santas,
manos que surgen de los mantos viejos
y de las rotas capas!

¿Pasó por vuestro lado
una ilusión velada,
de la mañana luminosa y fría
en las horas más plácidas?...

Sobre la negra túnica, su mano
era una rosa blanca...

VIII

La tarde todavía
 dará incienso de oro a tu plegaria,
 y quizás el cenit de un nuevo día
 amenguará tu sombra solitaria.

Mas no es tu fiesta el Ultramar lejano,
 sino la ermita junto al manso río;
 no tu sandalia el soñoliento llano
 pisará, ni la arena del hastío.

Muy cerca está, romero,
 la tierra verde y santa y florecida
 de tus sueños; muy cerca, peregrino
 que desdeñas la sombra del sendero
 y el agua del mesón en tu camino.

IX

Crear fiestas de amores
 en nuestro amor pensamos,
 quemar nuevos aromas
 en montes no pisados,

y guardar el secreto
 de nuestros rostros pálidos,
 porque en las bacanales de la vida
 vacías nuestras copas conservamos,

mientras con eco de cristal y espuma
 ríen los zumos de la vid dorados.

.....

Un pájaro escondido entre las ramas
del parque solitario,
silba burlón...

Nosotros exprimimós
la penumbra de un sueño en nuestro vaso...
Y algo, que es tierra en nuestra carne, siente
la humedad del jardín como un halago.

X

Arde en tus ojos un misterio, virgen
esquiva y compañera.

No sé si es odio o es amor la lumbre
inagotable de tu aljaba negra.

Conmigo irás mientras proyecte sombra
mi cuerpo y quede a mi sandalia arena.

—¿Eres la sed o el agua en mi camino?
Díme, virgen esquiva y compañera.

XI

Algunos lienzos del recuerdo tienen
luz de jardín y soledad de campo;
la placidez del sueño
en el paisaje familiar soñado.

Otros guardan las fiestas
de días aun lejanos;

figuritas sutiles
que pone un titerero en su retablo...

.....
Ante el balcón florido
está la cita de un amor amargo.

Brilla la tarde en el resol bermejo...
La hiedra efunde de los muros blancos...

A la revuelta de una calle en sombra
un fantasma irrisorio besa un nardo.

XII

Crece en la plaza en sombra
el musgo, y en la piedra vieja y santa
de la iglesia. En el atrio hay un mendigo...
Más vieja que la iglesia tiene el alma.

Sube muy lento, en las mañanas frías,
por la marmórea grada,
hasta un rincón de piedra... Allí aparece
su mano seca entre la rota capa.

Con las órbitas huecas de sus ojos
ha visto cómo pasan
las blancas sombras, en los claros días,
las blancas sombras de las horas santas.

XIII

Las ascuas de un crepúsculo morado
detrás el negro cipresal humean...

En la glorieta en sombra está la fuente
 con su alado y desnudo Amor de piedra,
 que sueña mudo. En la marmórea taza
 reposa el agua muerta.

XIV

¿Mi amor?... ¿Recuerdas, díme.
 aquellos juncos tiernos,
 lánguidos y amarillos
 que hay en el cauce seco?...

¿Recuerdas la amapola
 que calcinó el verano,
 la mapola marchita,
 negro crespón del campo?...

¿Te acuerdas del sol yerto
 y humilde, en la mañana,
 que brilla y tiembla roto
 sobre una fuente helada?...

XV

Me dijo un alba de la primavera:
 Yo florecí en tu corazón sombrío
 ha muchos años, caminante viejo
 que no cortas las flores del camino.

Tu corazón de sombra, ¿acaso guarda
 el viejo aroma de mis viejos lirios?
 ¿Perfuman aún mis rosas la alba frente
 del hada de tu sueño adamantino?

Respondí a la mañana:
 Sólo tienen cristal los sueños míos.
 Yo no conozco el hada de mis sueños;
 ni sé si está mi corazón florido.

Pero si aguardas la mañana pura
 que ha de romper el vaso cristalino,
 quizás el hada te dará tus rosas,
 mi corazón tus lirios.

XVI

Al borde del sendero un día nos sentamos.
 Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
 son las desesperantes posturas que tomamos
 para guardar... Mas ella no faltará a la cita.

XVII

Es una forma juvenil que un día
 a nuestra casa llega.
 Nosotros le decimos: ¿por qué tornas
 a la morada vieja?
 Ella abre la ventana, y todo el campo
 en luz y aroma entra.
 En el blanco sendero,
 los troncos de los árboles negrean;
 las hojas de las copas
 son humo verde que a lo lejos sueña.
 Parece una laguna
 el ancho río, entre la blanca niebla
 de la mañana. Por los montes cárdenos,
 camina otra quimera.

XVIII

¡Oh, díme, noche amiga, amada vieja,
 que me traes el retablo de mis sueños
 siempre desierto y desolado y solo
 con mi fantasma dentro,
 mi pobre sombra triste
 sobre la estepa y bajo el sol de fuego,
 o soñando amarguras
 en las voces de todos los misterios,
 dime, si sabes, vieja amada, dime
 si son más las lágrimas que vierto.
 Me respondió la noche:
 Jamás me revelaste tu secreto.
 Yo nunca supe, amado,
 si eras tú ese fantasma de tu sueño,
 ni averigüé si era su voz la tuya,
 o era la voz de un histrión grotesco.

Dije a la noche: Amada mentirosa,
 tú sabes mi secreto;
 tú has visto la honda gruta
 donde fabrica su cristal mi sueño.
 y sabes que mis lágrimas son más,
 y sabes mi dolor, mi dolor viejo.

¡Oh! Yo no sé, dijo la noche, amado,
 yo no sé tu secreto,
 aunque he visto vagar ese, que dices,
 desolado fantasma, por tu sueño.
 Yo me asomo a las almas cuando lloran
 y escucho su hondo rezo,

humilde y solitario,
ese que llamas salmo verdadero;
pero en las hondas bóvedas del alma
no sé si el llanto es una voz o un eco.

Para escuchar tu queja de tus labios
yo te busqué en tu sueño,
y allí te vi vagando en un borroso
laberinto de espejos.

GALERIAS

G A L E R I A S

INTRODUCCION

Leyendo un claro día
mis bien amados versos,
he visto en el profundo
espejo de mis sueños

que una verdad divina
temblando está de miedo,
y es una flor que quiere
echar su aroma al viento.

El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.
Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago son envuelto.

En esas galerías,
sin fondo del recuerdo,
donde las pobres gentes
colgaron cual trofeo

el traje de una fiesta
apolillado y viejo,
allí el poeta sabe
el laborar eterno
mirar de las doradas
abejas de los sueños.

Poetas, con el alma
atenta al hondo cielo,
en la cruel batalla
o en el tranquilo huerto,

la nueva miel labramos
con los dolores viejos,
la veste blanca y pura
pacientemente hacemos,
y bajo el sol bruñimos
el fuerte arnés de hierro.

El alma que no sueña,
el enemigo espejo,
proyecta nuestra imagen
con un perfil grotesco.

Sentimos una ola
de sangre en nuestro pecho,
que pasa... y sonreímos,
y a laborar volvemos.

I

Desgarrada la nube; el arco iris
brillando ya en el cielo,

y en un fanal de lluvia
y sol el campo envuelto.

Desperté. ¿Quién enturbia
los mágicos cristales de mi sueño?
Mi corazón latía
atónito y disperso.

... ¡El limonar florido,
el cipresal del huerto,
el prado verde, el sol, el agua, el iris...
¡el agua en tus cabellos!...

Y todo en la memoria se perdía
como una pompa de jabón al viento.

II

Y era el demonio de mi sueño, el ángel
más hermoso. Brillaban
como aceros los ojos victoriosos,
y las sangrientas llamas
de su antorcha alumbraron
la honda cripta del alma.

—¿Vendrás conmigo?—No, jamás; las tumbas
y los muertos me espantan.
Pero la férrea mano
mi diestra atenazaba.

—Vendrás conmigo... Y avancé en mi sueño
 cegado por la roja luminaria.
 Y en la cripta sentí sonar cadenas
 y rebullir de fieras enjauladas.

III

Desde el umbral de un sueño me llamaron...
 Era la buena voz, la voz querida.

—¿Díme: vendrás conmigo a ver el alma?...
 Llegó a mi corazón una caricia.

—Contigo siempre... Y avancé en mi sueño
 por una larga, escueta galería,
 sintiendo el roce de la vesta pura
 y el palpitar suave de la mano amiga.

IV

SUEÑO INFANTIL

Una clara noche
 de fiesta y de luna,
 noche de mis sueños,
 noche de alegría,

—era luz mi alma
 que hoy es bruma toda,
 no eran mis cabellos
 negros todavía—

el hada más joven
me llevó en sus brazos
a la alegre fiesta
que en la plaza ardía.

So el chisporroteo
de las luminarias,
amor sus madejas
de danzas tejía.

Y en aquella noche
de fiesta y de luna,
noche de mis sueños
noche de alegría,

el hada más joven
besaba mi frente...,
con su linda mano
su adiós me decía...

Todos los rosales
daban sus aromas,
todos los amores
amor entreabría.

V

Si yo fuera un poeta
galante, cantarí
a vuestros ojos un cantar tan puro
como en el mármol blanco el agua limpia.

Y en una estrofa de agua
todo el cantar sería:

«Ya sé que no responden a mis ojos,
que ven y no preguntan cuando miran,
los vuestros claros; vuestros ojos tienen
la buena luz tranquila,
la buena luz del mundo en flor, que he visto
desde los brazos de mi madre un día.»

VI

Llamó a mi corazón, un claro día,
con un perfume de jardín, el viento.

—A cambio de este aroma,
todo el aroma de tus rosas quiero.
—No tengo rosas; flores
en mi jardín no hay ya: todas han muerto.

Me llevaré los llantos de las fuentes,
las hojas amarillas y los mustios pétalos.
Y el viento huyó... Mi corazón sangraba...
Alma ¿qué has hecho de tu pobre huerto?

VII

Hoy buscarás en vano
a tu dolor consuelo.

Lleváronse tus hadas
el lino de tus sueños.

Está la fuente muda,
 y está marchito el huerto.
 Hoy sólo quedan lágrimas
 para llorar. No hay que llorar ¡silencio!

VIII

Y nada importa ya que el vino de oro
 rebose de tu copa cristalina,
 o el agrio zumo enturbie el puro vaso...

Tú sabes las secretas galerías
 del alma, los caminos de los sueños
 y la tarde tranquila
 donde van a morir... Allí te aguardan

las hadas silenciosas de la vida,
 y hacia un jardín de eterna primavera
 te llevarán un día.

IX

¡Tocados de otros días,
 mustios encajes y marchitas sedas;
 salterios arrumbados,
 rincones de las salas polvorientas:

daguerrotipos turbios,
 cartas que amarillean;
 libracos no leídos
 que guardan grises florecitas secas;

romanticismos muertos,
cursilerías viejas,
cosas de ayer que sois mi alma, y cantos
y cuentos de la abuela!...

X

La casa tan querida
donde habitaba ella,
sobre un montón de escombros arruinada
o derruída, enseña
el negro y carcomido
maltrabado esqueleto de madera.

La luna está vertiendo
su clara luz en sueños que platea
en las ventanas. Mal vestido y triste,
voy caminando por la calle vieja.

XI

Ante el pálido lienzo de la tarde,
la iglesia, con sus torres afiladas
y el ancho campanario, en cuyos huecos
voltean suavemente las campanas,
alta y sombría, surge.

La estrella es una lágrima
en el azul celeste.
Bajo la estrella clara
flota, vellón disperso,
una nube quimérica de plata.

XII

Tarde tranquila, casi
con placidez de alma,
para ser joven, para haberlo sido
cuando Dios quiso, para
tener algunas alegrías... lejos
y poder dulcemente recordarlas.

XIII

Yo, como Anacreonte,
quiero cantar, reír y echar al viento
las sabias amarguras
y los graves consejos;

y quiero, sobre todo, emborracharme,
ya lo sabéis... ¡Grotesco!
Pura fe en el morir, pobre alegría
y macabro danzar antes de tiempo.

XIV

¡Oh tarde luminosa!
El aire está encantado.
La blanca cigüeña
dormita volando,
y las golondrinas se cruzan, tendidas
las alas agudas al viento dorado,
y en la tarde risueña se alejan
volando, soñando...

Y hay una que torna como la saeta,
 las alas agudas tendidas al aire sombrío,
 buscando su negro rincón del tejado.

La blanca cigüeña,
 como un garabato,
 tranquila y disforme ¡tan disparatada!
 sobre el campanario.

XV

Es una tarde cenicienta y mustia,
 destartalada, como el alma mía;
 y es esta vieja angustia
 que habita mi usual hipocondría.

La causa de esta angustia no consigo
 ni vagamente comprender siquiera;
 pero recuerdo y, recordando, digo:
 —Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

XVI

Y no es verdad, dolor, yo te conozco,
 tú eres nostalgia de la vida buena
 y soledad de corazón sombrío,
 de barco sin naufragio y sin estrella.

Como perro olvidado que no tiene
 huella ni olfato y yerra
 por los caminos, sin cambio, como
 el niño que en la noche de una fiesta

se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito, y asombra
su corazón de música y de pena,

así voy yo, borracho, melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.

XVII

¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hálitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,

la voz que fué a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?

¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
laboran para el polvo y para el viento?

XVIII

Desnuda está la tierra,
y el alma aulla al horizonte pálido

como loba famélica. ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?

Amargo caminar, porque el camino
pesa en el corazón. El viento helado,
y la noche que llega, y la amargura
de la distancia... En el camino blanco

algunos yertos árboles negrean;
en los montes lejanos
hay oro y sangre... El sol murió... ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?

XIX

CAMPO

La tarde está muriendo
como un hogar humilde que se apaga.

Allá, sobre los montes,
quedan algunas brasas.

Y ese árbol roto en el camino blanco
hace llorar de lástima.

¡Dos ramas en el tronco herido, y una
hoja marchita y negra en cada rama!

¿Lloras?... Entre los álamos de oro,
lejos, la sombra del amor te aguarda.

XX

A UN VIEJO
Y DISTINGUIDO SEÑOR

Te he visto, por el parque ceniciento
que los poetas aman
para llorar, como una noble sombra
vagar envuelto en tu levita larga.

El talante cortés, ha tantos años
compuesto de una fiesta en la antesala,
¡qué bien tus pobres huesos
ceremoniosos guardan!

Yo te he visto aspirando, distraído,
con el aliento que la tierra exhala,
—hoy, tibia tarde en que las mustias hojas
húmedo viento arranca—
del eucalipto verde

el frescor de las hojas perfumadas.
Y te he visto llevar la seca mano
a la perla que brilla en tu corbata.

XXI

LOS SUEÑOS

El hada más hermosa ha sonreído,
al ver la lumbre de una estrella pálida

que en hilo suave, blanco y silencioso,
se enrosca al huso de su rubia hermana.

Y vuelve a sonreír, porque en su rueca
el hilo de los campos se enmaraña.
Tras la tenue cortina de la alcoba
está el jardín envuelto en luz dorada.

La cuna, casi en sombra. El niño duerme.
Dos hadas laboriosas lo acompañan
hilando de los sueños los sutiles
copos en ruelas de marfil y plata.

XXII

Guitarra del mesón que hoy sueñas jota,
mañana petenera,
según quien llega y tañe
las empolvadas cuerdas.

Guitarra del mesón de los caminos,
no fuiste nunca, ni serás, poeta.

Tú eres alma que dice su armonía
solitaria a las almas pasajeras...

Y siempre que te escucha el caminante
sueña escuchar un aire de su tierra.

XXIII

El rojo sol de un sueño en el Oriente asoma.
Luz en sueños. ¿No tiembas, andante peregrino?

Pasado el llano verde, en la florida loma,
 acaso está el cercano final de tu camino.

Tú no verás del trigo la espiga sazónada
 y de macizas pomos cargado el manzanar,
 ni de la vid rugosa la uva aurirrosada
 ha de exprimir su alegre licor en tu lagar.

Cuando el primer aroma exhale los jazmines
 y cuando más palpiten las rosas del amor,
 una mañana de oro que alumbre los jardines,
 ¿no huirá, como una nube dispersa, el sueño en flor?

Campo recién florido y verde, quién pudiera
 soñar aún largo tiempo en esas pequeñitas
 corolas azuladas que manchan la pradera,
 y en esas diminutas primeras margaritas.

XXIV

La primavera besaba
 suavemente la arboleda,
 y el verde nuevo brotaba
 como una verde humareda.

Las nubes iban pasando
 sobre el campo juvenil...
 Yo vi en las hojas temblando
 las frescas lluvias de abril.

Bajo ese almendro florido,
 todo cargado de flor,

—recordé—yo he maldecido
mi juventud sin amor.

Hoy, en mitad de la vida,
me he parado a meditar...
Juventud nunca vivida,
¿quién te volviera a soñar?

XXV

Eran ayer mis dolores
como gusanos de seda
que iban labrando capullos;
hoy son mariposas negras.

¡De cuántas flores amargas
he sacado blanca cera!
¡Oh tiempo en que mis pesares
trabajaban como abejas!

Hoy son como avenas locas,
o cizaña en sementera,
como tizón en espiga,
como carcomá en madera.

¡Oh tiempo en que mis dolores
tenían lágrimas buenas,
y eran como agua de noria
que va regando una huerta!
Hoy son agua de torrente
que arranca el limo a la tierra.

Dolores que ayer hicieron
de mi corazón colmena,
hoy tratan mi corazón
como a una muralla vieja:
quieren derribarlo, y pronto,
al golpe de la piqueta.

XXVI

RENACIMIENTO

Galerías del alma... ¡el alma niña!
Su clara luz risueña;
y la pequeña historia
y la alegría de la vida nueva...

¡Ah, volver a nacer, y andar camino,
ya recobrada la perdida senda!

Y volver a sentir en nuestra mano,
aquel latido de la mano buena
de nuestra madre... Y caminar en sueños
por amor de la mano que nos lleva.

XXVII

En nuestras almas, todo
por misteriosa mano se gobierna.
Incomprensibles, mudas,
nada sabemos de las almas nuestras.

Las más hondas palabras
del sabio nos enseñan,
lo que el silbar del viento cuando sopla,
o el sonar de las aguas cuando ruedan.

XXVIII

Tal vez la mano, en sueños,
del sembrador de estrellas,
hizo sonar la música olvidada

como una nota de la lira inmensa,
y la ola humilde a nuestros labios vino
de unas pocas palabras verdaderas.

XXIX

Y podrás conocerte recordando
del pasado soñar los turbios lienzos
en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.

De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños.

XXX

Los árboles conservan
verdes aún las copas,
pero del verde mustio
de las marchitas frondas.

El agua de la fuente,
sobre la piedra tosca
y de verdín cubierta,
resbala silenciosa.

Arrastra el viento algunas
amarillentas hojas.
¡El viento de la tarde
sobre la tierra en sombra!

XXXI

Húmedo está, bajo el laurel, el banco
de verdinosa piedra;
lavó la lluvia, sobre el muro blanco,
las empolvadas hojas de la hiedra.

Del viento del otoño el tibio aliento
los céspedes undula, y la alameda
conversa con el viento...
¡el viento de la tarde en la arboleda!

Mientras el sol en el ocaso esplende
que los racimos de la vid orea,
y el buen burgués, en su balcón, enciende
la estoica pipa en que el tabaco humea,

voy recordando versos juveniles...
¡Qué fué de aquel mi corazón sonoro?
¡Será cierto que os vais, sombras gentiles,
huyendo entre los árboles de oro?

ELOGIOS

ELOGIOS

I

A DON FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

Como se fué el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fué por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunque, sonad; enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,

del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.
... Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

Baeza, 21 febrero 1915.

II

AL JOVEN MEDITADOR JOSE ORTEGA GASSET

A ti laurel y yedra
corónente, dilecto
de Sofía, arquitecto.
Cincel, martillo y piedra

y masones te sirvan; las montañas
de Guadarrama frío
te brinden el azul de sus entrañas,
meditador de otro Escorial sombrío;

y que Felipe austero,
 al borde de su regia sepultura,
 asome a ver la nueva arquitectura
 y bendiga la prole de Lutero.

III

A XAVIER VALCARCE

... En el intermedio de la primavera.

Valcarce, dulce amigo, si tuviera
 la voz que tuve antaño, cantarí
 el intermedio de tu primavera
 —porque aprendiz he sido de rui
 señor un día—,
 y el rumor de tu huerto—entre las flores
 el agua oculta corre, pasa y suena
 por acequias, regatos y atanores—,
 y el inquieto bullir de tu colmena,
 y esa doliente juventud que tiene
 ardores de faunalias,
 y que pisando viene
 la huella a mis sandalias.

Mas hoy... ¿será porque el enigma grave
 me tentó en la desierta galería,
 y abrí con una diminuta llave
 el ventanal del fondo que da a la mar sombría?
 ¿Será porque se ha ido
 quien asentó mis pasos en la tierra.

y en este nuevo ejido
sin rubia mies, la soledad me aterra?

No sé, Valcarce; mas cantar no puedo;
se ha dormido la voz en mi garganta,
y tiene el corazón un salmo quedo.
Ya sólo reza el corazón, no canta.

Mas hoy, Valcarce, como un fraile viejo
puedo hacer confesión, que es dar consejo.

En este día claro, en que descansa
tu carne de quimeras y amoríos
—así en amplio silencio se remansa
el agua bullidora de los ríos—,
no guardes en tu cofre la galana
veste dominical, el limpio traje,
para llenar de lágrimas mañana
la mustia seda y el marchito encaje,
sino viste, Valcarce, dulce amigo,
gala de fiesta para andar contigo.

Y ciñete la espada rutilante,
y lleva tu armadura,
el peto de diamante
debajo de la blanca vestidura.

¡Quién sabe! Acaso tu domingo sea
la jornada guerrera y laboriosa,
el día del Señor, que no reposa;
el claro día en que el Señor pelea.

IV

MARIPOSA DE LA SIERRA

A Juan Ramón Jiménez,
por su libro *Platero y yo*.

¿No eres tú, mariposa,
el alma de estas sierra solitarias,
de sus barrancos hondos
y de sus cumbres agrias?

Para que tú nacieras,
con su varita mágica
a las tormentas de la piedra, un día,
mandó callar un hada,
y encadenó los montes,
para que tú volaras.

Anaranjada y negra,
morenita y dorada,
mariposa montés, sobre el romero
plegadas las alillas o, voltarias,
jugando con el sol, o sobre un rayo
de sol crucificadas.

¡Mariposa montés y campesina,
mariposa serrana,
nadie ha pintado tu color; tú vives
tu color y tus alas
en el aire, en el sol, sobre el romero,
tan libre, tan salada!...

Que Juan Ramón Jiménez
pulse por ti su lira franciscana.

Sierra de Cazorla, 28 mayo 1915.

DESDE MI RINCON

ELOGIOS

Al libro *Castilla*, del
maestro Azorín, con ma-
tivo del mismo.

Con este libro de melancolía,
toda Castilla a mi rincón me llega;
Castilla la gentil y la bravía,
la parda y la manchega.
¡Castilla, España de los largos ríos
que el mar no ha visto y corre hacia los mares;
Castilla de los páramos sombríos,
Castilla de los negros encinares.
Labriegos transmarinos y pastores
trashumantes—arados y merinos—,
labriegos con talante de señores,
pastores del color de los caminos.
Castilla de grisientos peñascales,
pelados serrijones,
barbechos y trigales,
malezas y cambrones.
Castilla azafranada y polvorienta,
sin montes, de arreboles purpurinos;
Castilla visionaria y soñolienta
de llanuras, viñedos y molinos.
Castilla—hidalgos de semblante enjuto,
rudos jaques y orondos bodegueros—,

Castilla—trajinantes y arrieros
 de ojos inquietos, de mirar astuto—,
 mendigos rezadores,
 y frailes pordioseros,
 boteros, tejedores,
 arcadores, perailles, chicarreros,
 lechuzos y rufianes,
 fulleros y truhanes,
 caciques y tahures y logreros.
 ¡Oh venta de los montes!—Fuencebada,
 Fonfría, Oncala, Manzanal, Robledo.—
 ¡Mesón de los caminos y posada
 de Esquivias, Salas, Almazán, Olmedo!
 La ciudad diminuta y la campana
 de las monjas que tañe, cristalina...
 ¡Oh dueña doñeguil tan de mañana
 y amor de Juan Ruiz a doña Endrina!
 Las comadres—Gerarda y Celestina—,
 los amantes—Fernando y Dorotea—.
 ¡Oh casa, oh huerto, oh sala silenciosa!
 ¡Oh divino vasar en donde posa
sus dulces ojos verdes Melibea!
 ¡Oh jardín de cipreses y rosales,
 donde Calixto ensimismado piensa,
 que tornan con las nubes inmortales
 las mismas olas de la mar inmensa!
 ¡Y este hoy que mira a ayer; y este mañana
 que nacerá tan viejo!
 ¡Y esta esperanza vana
 de romper el encanto del espejo!
 ¡Y esta agua amarga de la fuente ignota!

¡Y este filtrar la gran hipocondría
de España siglo a siglo y gota a gota!
¡Y este alma de Azorín... y este alma mía
que está viendo pasar, bajo la frente,
de una España la inmensa galería,
cual pasa del ahogado en la agonía
todo su ayer, vertiginosamente!
Basta. Azorín, yo creo
en el alma sutil de tu Castilla,
y en esa maravilla
de tu hombre triste del balcón, que veo
siempre añorar, la mano en la mejilla.
Contra el gesto del persa, que azotaba
la mar con su cadena;
contra la flecha que el tahir tiraba
al cielo, creo en la palabra buena.
Desde un pueblo que ayuna y se divierte,
ora y eructa; desde un pueblo impío
que juega al mus, de espaldas a la muerte,
creo en la libertad y en la esperanza,
y en una fe que nace
cuando se busca a Dios y no se alcanza,
y en el Dios que se lleva y que se hace.

ENVIO

¡Oh, tú, Azorín que de la mar de Ulises
viniste al ancho llano
en donde el gran Quijote, el buen Quijano,
soñó con Esplandianes y Amadisés;

buen Azorín, por adopción manchego,
 que guardas tu alma ibera,
 tu corazón de fuego
 bajo el recio almidón de tu pechera
 —un poco libertario
 de cara a la doctrina,
 ¡admirable Azorín, el reaccionario
 por asco de la greña jacobina!—;
 pero tranquilo, varonil—la espada
 ceñida a la cintura
 y con santo rencor acicalada—,
 sereno en el umbral de tu aventura.
 ¡Oh, tú, Azorín, escucha: España quiere
 surgir, brotar, toda una España empieza!
 ¿Y ha de helarse en la España que se muere?
 ¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?
 Para salvar la nueva epifanía
 hay que acudir, ya es hora,
 con el hacha y el fuego al nuevo día.
 Oye cantar los gallos de la aurora.

Baeza, 1913.

VI

A UNA ESPAÑA JOVEN

... Fué un tiempo de mentira, de infamia. A Es-
 [paña toda,
 la malherida España, de Carnaval vestida
 nos la pusieron, pobre y escuálida y beoda
 para que no acertara la mano con la herida.

Fué ayer; éramos casi adolescentes; era con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios, cuando montar quisimos en pelo una quimera, mientras la mar dormía ahita de naufragios.

Dejamos en el puerto la sórdida galera, y en una nave de oro nos plugo navegar hacia los altos mares, sin aguardar ribera, lanzando velas y anclas y gobernalle al mar.

Ya entonces, por el fondo de nuestro sueño—he-
[rencia
de un siglo que vencido sin gloria se alejaba—
un alba entrar quería; con nuestra turbulencia
la luz de las divinas ideas batallaba.

Mas cada cual el rumbo siguió de su locura;
agilitó su brazo, acreditó su brío;
dejó como un espejo bruñida su armadura
y dijo: «El hoy es malo, pero el mañana... es mío».

Y es hoy aquel mañana de ayer... Y España toda,
con sucios ropelos de Carnaval vestida
aun la tenemos: pobre y escuálida y beoda,
mas hoy de un vino malo: la sangre de su herida.

Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre
la voluntad te llega, irás a tu aventura
despierta y transparente a la divina lumbre,
como el diamante clara, como el diamante pura.

Enero, 1913.

VII

ESPAÑA, EN PAZ

En mi rincón moruno, mientras repiquetea
el agua de la siembra bendita en mis cristales,
yo pienso en la lejana Europa que pelea,
el fiero norte, envuelto en lluvias otoñales.

Donde combaten galos, ingleses y teutones.
allá, en la vieja Flandes y en una tarde fría,
sobre jinetes, carros, infantes y cañones
pondrá la lluvia el velo de su melancolía.

Envolverá la niebla el rojo expoliario
—sordina gris al férreo claror del campamento—,
las brumas de la Mancha caerán como un sudario
de la flamenca duna sobre el fangal sangriento.

Un César ha ordenado las tropas de Germania
contra el francés heroico y el triste moscovita
y osó hostigar la rubia pantera de Britania.
Medio planeta en armas contra el teutón milita.

¡Señor! La guerra es mala y bárbara; la guerra,
odiada de las madres, las almas entigrece;
mientras la guerra pasa, ¿quién sembrará la tierra?
¿Quién segará la espiga que junio amarillece?

Albión acecha y caza las quillas en los mares;
Germania arruina templos, moradas y talleres;

la guerra pone un soplo de hielo en los hogares,
y el hambre en los caminos, y el llanto en las mu-
[jeres.

Es bárbara la guerra y torpe y regresiva;
¿por qué otra vez a Europa esta sangrienta racha
que siega el alma y esta locura acometiva?
¿por qué otra vez el hombre de sangre se embo-
[rracha?

La guerra nos devuelve las podres y las pestes
del Ultramar cristiano; el vértigo de horrores
que trajo Atila a Europa con sus tartáreas huestes;
las hordas mercenarias, los púnicos rencores;
la guerra nos devuelve los muertos milenarios
de cíclopes, centauros, Heraclés y Teseos;
la guerra resucita los sueños cavernarios
del hombre con peludos mammothés gigantes.

¿Y bien? El mundo en guerra y en paz España
[sola.
¡Salud, oh buen Quijano! Por si ese gesto es tuyo,
yo te saludo. ¡Salve! Salud, paz española,
si no eres paz cobarde, sino desdén y orgullo.

Si eres desdén y orgullo, valor de ti, si bruñes
en esa paz, valiente, la enmohecida espada,
para tenerla limpia, sin tacha, cuando empuñes
el arma de tu vieja panoplia arrinconada;
si pules y acicalas tus hierros para, un día,
vestir de luz, y, erguida: *heme aquí, pues, España*

*en alma y cuerpo, toda, para una guerra mía,
heme aquí, pues, vestida para la propia hazaña,
decir para que diga quien oiga: es voz, no es eco,
el buen manchego habla palabras de cordura,
parece que el hidalgo amojamado y seco
entró en razón, y tiene espada a la cintura;
entonces, paz de España, yo te saludo.*

Si eres
vergüenza humana de esos rencores cabezudos
con que se matan miles de avaros mercaderes,
sobre la madre tierra que los parió desnudos;
si sabes cómo Europa entera se anegaba
en una paz sin alma, en un afán sin vida,
y que una calentura cruel la aniquilaba,
que es hoy la fiebre de esta pelea fratricida;
si sabes que esos pueblos arrojan sus riquezas
al mar y al fuego—todos—para sentirse hermanos
un día ante el divino altar de la pobreza,
gabachos y tudescos, latinos y britanos,
entonces, paz de España, también yo te saludo,
y a ti, la España fuerte, sí, en esta paz bendita,
en tu desdén esculpes, como sobre un escudo,
dos ojos que avizoran y un ceño que medita.

Baeza, 10 noviembre 1914.

VIII

Flor de santidad, novela milenaria,
por D. Ramón del Valle-Inclán.

Esta leyenda en sabio romance campesino,
ni arcaico ni moderno, por Valle-Inclán escrita,

revela en los halagos de un viento vespertino,
la santa flor de alma que nunca se marchita.

Es la leyenda campo y campo. Un peregrino
que vuelve solitario de la sagrada tierra
donde Jesús morara, camina sin camino,
entre los agrios montes de la galaica sierra.

Hilando silenciosa, la rueca a la cintura,
Adega, en cuyos ojos la llama azul fulgura
de la piedad humilde, en el romero ha visto,
al declinar la tarde, la pálida figura,
la frente gloriosa de luz y la amargura
de amor que tuvo un día el SALVADOR DOM. CRISTO.

IX

AL MAESTRO RUBEN DARIO

Este noble poeta que ha escuchado
los ecos de la tarde y los violines
del otoño en Verlaine, y que ha cortado
las rosas de Ronsard en los jardines
de Francia, hoy, peregrino
de un Ultramar de Sol, nos trae el oro
de su verbo divino.
¡Salterios del loor vibran en coro!
La nave, bien guarnida,
con fuerte casco y acerada prora,
de viento y luz la blanca vela henchida
surca, pronta a arribar, la mar sonora;

y yo le grito: ¡Salve! a la bandera
 flamígera que tiene
 esta hermosa galera
 que de una nueva España a España viene.

1904.

X

A LA MUERTE DE RUBEN DARÍO

Si era toda en tu verso la armonía del mundo,
 ¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?
 Jardínero de Hesperia, ruiseñor de los mares,
 corazón asombrado de la música astral,
 ¿te ha llevado Dionysos de su mano al infierno
 y con las nuevas rosas triunfante volverás?
 ¿Te han herido buscando la soñada Florida,
 la fuente de la eterna juventud, capitán?
 Que en esta lengua madre la clara historia quede;
 corazones de todas las Españas, llorad.
 Rubén Darío ha muerto en Castilla del Oro,
 esta nueva nos vino atravesando el mar.
 Pongamos, españoles, en un severo mármol
 su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
 Nadie esta lira taña si no es el mismo Apolo;
 nadie esta flauta suene si no es el mismo Pan.

1915.

XI

A NARCISO ALONSO CORTÉS,
POETA DE CASTILLA

*Jam senior, sed cruda
deo viridisque senectū.*

VIRGILIO (Eneida).

Tus versos me han llegado a este rincón manchego,
regio presente en arcas de rica taracea,
que guardan, entre ramos de castellano espliego,
narcisos de Citeres y lirios de Judea.

En tu árbol viejo anida un canto adolescente,
del ruiseñor de antaño la dulce melodía.
Poeta, que declaras arrugas en tu frente,
tu musa es la más noble: se llama Todavía.

El corazón del hombre con red sutil envuelve
el tiempo, como niebla de río una arboleda.
¡No mires: todo pasa; olvida: nada vuelve!
Y el corazón del hombre se angustia... ¡Nada queda!

El tiempo rompe el hierro y gasta los marfiles.
Con limas y barrenas, buriles y tenazas,
el tiempo lanza obreros a trabajar febriles,
enanos con punzones y cíclopes con mazas.

El tiempo lame y roe y pule y mancha y muerde;
 socava el alto muro, la piedra agujerea;
 apaga la mejilla y abrasa la hoja verde;
 sobre las frentes cava los surcos de la idea.

Pero el poeta afronta al tiempo inexorable,
 como David al fiero gigante filisteo;
 de su armadura busca la pieza vulnerable,
 y quiere obrar la hazaña a que no osó Teseo.

Vencer al tiempo quiere. ¡Al tiempo! ¡Hay un
 [seguro
 donde afinar la lucha? ¿Quién lanzará el venablo
 que cace esa alimaña? ¿Se sabe de un conjuro
 que ahuyente ese enemigo, como la cruz al diablo?

El alma. El alma vence—¡la pobre cenicienta,
 que en este siglo vano, cruel, empedernido,
 por esos mundos vaga escuálida y hambrienta!—
 al ángel de la muerte y al agua del olvido.

Su fortaleza opone al tiempo, como el puente
 al ímpetu del río sus pétreos tajamares;
 bajo ella el tiempo lleva bramando su torrente,
 sus aguas cenagosas huyendo hacia los mares.

Poeta, el alma sólo es ancla en la ribera,
 dardo cruel y doble escudo adamantino;
 y en el diciembre helado, rosal de primavera;
 y sol del caminante y sombra del camino.

Poeta, que declaras arrugas en tu frente,
tu noble verso sea más joven cada día;
que en tu árbol viejo suene el canto adolescente,
del ruiseñor eterno la dulce melodía.

Venta de Cárdenas, 24 octubre.

XII

MIS POETAS

El primero es Gonzalo de Berceo llamado,
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,
que yendo en romería acaeció en un prado,
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino.
Trovó a Santo Domingo, trovó a Santa María,
y a San Millán, y a San Lorenzo y Santa Oria,
y dijo: mi dictado non es de juglaría;
escrito lo tenemos; es verdadera historia.
Su verso es dulce y grave: monótonas hileras
de chopos invernales en donde nada brilla;
renglones como surcos en pardas sementeras,
y lejos, las montañas azules de Castilla.
El nos cuenta el repaire del romeo cansado;
leyendo en santorales y libros de oración,
copiando historias viejas, nos dice su dictado,
mientras le sale afuera la luz del corazón.

XIII

A DON MIGUEL DE UNAMUNO

Por su libro *Vida de
Don Quijote y Sancho.*

Este donquijotesco
Don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen manchego. Don Miguel camina,
jinete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura,
sin miedo de la lengua que malsina.

A un pueblo de arrieros,
lechuzos y tahures y logreros
dicta lecciones de Caballería.

Y el alma desalmada de su raza,
que bajo el golpe de su férrea maza
aun duerme, puede que despierte un día.

Quiere enseñar el ceño de la duda
antes de que cabalgue, al caballero;
cual nuevo Hamlet, a mirar desnuda
cerca del corazón la hoja de acero.

Tiene el aliento de una estirpe fuerte
que soñó más allá de sus hogares,
y que el oro buscó tras de los mares.
El señala la gloria tras la muerte.

Quiere ser fundador y dice: Creo,
Dios y adelante el ánima española...
Y es tan bueno y mejor que fué Loyola:
sabe a Jesús y escupe al fariseo.

XIV

A JUAN RAMON JIMENEZ

Por su libro *Arias tristes*.

Era una noche del mes
de mayo, azul y serena;
sobre el agudo ciprés
brillaba la luna llena,

iluminando la fuente
en donde el agua surtía,
sollozando intermitente.
Sólo la fuente se oía.

Después se escuchó el acento
de un oculto ruiseñor.
Quebró una racha de viento
la curva del surtidor.

Y una dulce melodía
vagó por todo el jardín:
entre los mirtos tañía
un músico su violín.

Era un acorde lamento
de juventud y de amor
para la luna y el viento,
el agua y el ruiseñor.

«El jardín tiene una fuente
y la fuente una quimera...»
Cantaba una voz doliente,
alma de la primavera.

Calló la voz y el violín
apagó su melodía.
Quedó la melancolía
vagando por el jardín.
Sólo la fuente se oía.

FIN

INDICE

Páginas.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN.....	5
SOLEDADES	
I.—EL VIAJERO.....	9
II.—He andado muchos caminos.....	10
III.—La plaza y los naranjos encendidos.....	12
IV.—EN EL ENTIERRO DE UN AMIGO.....	12
V.—RECUERDO INFANTIL.....	13
VI.—Fué una clara tarde, triste y soñolienta.....	14
VII.—El limonero lánguido suspende.....	16
VIII.—Yo escucho los cantos.....	18
IX.—ORILLAS DEL DUERO.....	19
X.—A la desierta plaza.....	20
XI.—Yo voy soñando caminos.....	21
XII.—Amada, el aura dice.....	22
XIII.—Hacia un ocaso radiante.....	23
XIV.—CANTE HONDO.....	25
XV.—La calle en sombra. Ocultan los altos caserones.	26
XVI.—Siempre fugitiva y siempre.....	26
XVII.—HORIZONTE.....	27
XVIII.—EL POETA.....	27
XIX.—¡Verdes jardinillos!.....	29
DEL CAMINO	
I.—Mientras la sombra pasa de un santo amor, hoy quiere.....	33
II.—Daba el reloj las doce... y eran doce.....	33
III.—Sobre la tierra amarga.....	34
IV.—En la desnuda tierra del camino.....	34

V. — El sol es un globo de fuego	35
VI. — ¡Tene rumor de túnicas que pasan!	35
VII. — ¡Oh figuras del atrio, más humildes!	36
VIII. — La tarde todavía	37
IX. — Crear fiestas de amores	37
X. — Arde en tus ojos un misterio, virgen	38
XI. — Algunos lienzos del recuerdo tienen	38
XII. — Crece en la plaza en sombra	39
XIII. — Las ascuas de un crepúsculo morado	39
XIV. — ¿Mi amor? ¿Recuerdas, dime?	40
XV. — Me dijo un alba de la primavera	40
XVI. — Al borde del sendero un día nos sentamos	41
XVII. — Es una forma juvenil que un día	41
XVIII. — ¡Oh, dime, noche amiga, amada vieja!	42

GALERIAS

INTRODUCCIÓN	47
I. — Desgarrada la nube; el arco iris	48
II. — Y era el demonio de mi sueño, el ángel	49
III. — Desde el umbral de un sueño me llamaron	50
IV. — SUEÑO INFANTIL	50
V. — Si yo fuera un poeta	51
VI. — Llamó a mi corazón un claro día	52
VII. — Hoy buscarás en vano	52
VIII. — Y nada importa ya que el vino de oro	53
IX. — ¡Tocados de otros días!	53
X. — La casa tan querida	54
XI. — Ante el pálido lienzo de la tarde	54
XII. — Tarde tranquila, casi	55
XIII. — Yo, como Anacreonte	55
XIV. — ¡Oh tarde luminosa!	55
XV. — Es una tarde cenicienta y mustia	56
XVI. — Y no es verdad, dolor, yo te conozco	56
XVII. — ¿Y ha de morir contigo el mundo mago?	57
XVIII. — Desnuda está la tierra	57
XIX. — CAMPO	58

XX.—A UN VIEJO Y DISTINGUIDO SEÑOR.....	59
XXI.—LOS SUEÑOS.....	59
XXII.—Guitarra del mesón que hoy sueñas jota.....	60
XXIII.—El rojo sol de un sueño en el Oriente asoma....	60
XXIV.—La primavera besaba.....	61
XXV.—Eran ayer mis dolores.....	62
XXVI.—RENACIMIENTO.....	63
XXVII.—En nuestras almas, todo.....	63
XXVIII.—Tal vez la mano, en sueños.....	64
XXIX.—Y podrás conocerte recordando.....	64
XXX.—Los árboles conservan.....	64
XXXI.—Húmedo está, bajo el laurel, el banco.....	65

ELOGIOS

I.—A D. FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS.....	69
II.—AL JOVEN MEDITADOR JOSÉ ORTEGA GASSET...	70
III.—A XAVIER VALCARCE.....	71
IV.—MARIPOSA DE LA SIERRA.....	73
V.—DESDE MI RINCÓN.....	74
VI.—A UNA ESPAÑA JOVEN.....	77
VII.—ESPAÑA, EN PAZ.....	79
VIII.—FLOR DE SANTIDAD.....	81
IX.—AL MAESTRO RUBÉN DARÍO.....	82
X.—A LA MUERTE DE RUBÉN DARÍO.....	83
XI.—A NARCISO ALONSO CORTÉS.....	84
XII.—MIS POETAS.....	86
XIII.—A D. MIGUEL DE UNAMUNO.....	87
XIV.—A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.....	88

Edición facsímil realizada
con motivo de la celebración del
Día Internacional del Libro
23 de abril de 2025



Universidad de Jaén